

El Día del Patólogo Clínico

Homenaje al doctor Francisco Durazo Quiroz
ofrecido por la Asociación Mexicana de Patología
Clínica

La Mesa Directiva de la Sociedad Mexicana de Patología Clínica, que preside la doctora Blanca Velázquez, organizó una cena el día 27 de junio para celebrar el Día del Patólogo Clínico, durante la cual hubo una convivencia muy agradable con los compañeros y compañeras y sus familias, que integran nuestra Sociedad.

Durante dicho evento me honraron, permitiéndome exponer en forma breve mi actuación profesional en la Patología Clínica y consideraron los presentes que sería conveniente su publicación. Así pues, procedí a hacer memoria de una larga trayectoria que se inició en 1941, y que se extiende hasta el presente.

En 1941, cuando cursaba yo el cuarto año de medicina, tuve la oportunidad de acercarme al doctor Aquilino Villanueva, entonces director del Hospital General, por conducto de mi hermana María Victoria, profesora normalista, quien impartía clases a Aquilino Jr. La respuesta del doctor Villanueva a mi inquietud profesional fue el ofrecimiento de una plaza de técnico en el laboratorio Central, jefaturado por el doctor Ignacio González Guzmán, la que ocupé inmediatamente por nombramiento directo de la Dirección. Así, pude iniciar una larga carrera hospitalaria y además, mejorar mi situación económica de estudiante bruja. Mi trabajo inicial fue en la sección de histopatología, cortando piezas en congelación y parafina, y coloreando con la técnica clásica de hematoxilina-eosina y, en algunas ocasiones, con coloración de plata (Río-Ortega). Posteriormente me involucré en las secciones de orina, parasi-

tología, serología, hematología y bioquímica, que eran las más solicitadas.

A finales de 1941, recibí una indicación de la Dirección del Hospital para entrenarme en el estudio de líquido cefalorraquídeo (LCR) y posteriormente ocupar el lugar de la doctora Quevedo en el laboratorio del Pabellón de Neurocirugía No. 7, a cargo del doctor Clemente Robles. Era un servicio en que se sentía la mano firme del jefe, con una disciplina férrea y una organización ejemplar. Contaba con un quirófano y recibía pacientes en consulta externa de neurología, sección a cargo del doctor Roberto Gamboa, de manera que en mis horas libres asistía algunas veces al quirófano y otras a la consulta externa; 30% de la ocupación eran pacientes de neuropatías y el resto pacientes de cirugía general. Esta etapa continuó hasta septiembre de 1943, cuando inicié el servicio social.

Durante el servicio social en el pueblo de Granados, Sonora, hubo dos acontecimientos importantes. El primero, recién llegado en octubre de 1943, cuando atendí a la esposa del presidente municipal, la cual estaba en trabajo de parto con una presentación transversa que se resolvió mediante versión con maniobras externas. El segundo, un caso de urgencia; en Granados, recibí un mensaje con un propio, enviado por mi compañero Raúl Guajardo, quien me requería para resolver un caso de apendicitis aguda, en el pueblo de Bacadehuachí, en plena sierra, a veinte kilómetros. Hacia allá me trasladé inmediatamente, a caballo (no existía carretera) y así, pudimos re-

solver el caso *in situ*, por cirugía. Previa anestesia aplicada por Raúl, intervine quirúrgicamente al paciente, habiendo contado con la ayuda entusiasta de un curandero del pueblo.

El éxito de la intervención y la evolución favorable del paciente me entusiasmaron, al grado de haber considerado la cirugía como un posible camino.

Ya de regreso a México en 1944, me ocupé en preparar mi recepción profesional, que tuvo lugar el 9 de julio del mismo año, fecha en que debí enfrentar a un jurado muy calificado, integrado por el doctor Aquilino Villanueva como presidente, y los doctores Clemente Robles y Efrén del Pozo, y como secretario el doctor Enrique Arce Gómez.

Una vez superado este escollo, continué trabajando en el laboratorio del Pabellón No. 7 y en el Laboratorio de Microbiología a cargo del doctor Mario Salazar Mallén en el recién inaugurado Instituto Nacional de Cardiología. Ahí aprendí a utilizar el espectrofotómetro «Coleman» que sustituía al antiguo «Dubosq» y a clasificar el estreptococo según la doctora Lancefield.

En noviembre de 1944 tuvo lugar la «Asamblea Nacional de Cirujanos» en el antiguo Hospital Juárez, un evento clásico de los cirujanos, en el que se presentaban temas de medicina general. Uno de los más notables fue presentado por el doctor Alberto P León sobre el diagnóstico de la neurocisticercosis por desviación del complemento, utilizando como antígeno el proglótide de *Taenia solium*, trabajo que despertó el interés del doctor Clemente Robles, quien me envió al Instituto de Enfermedades Tropicales, al laboratorio del doctor León para aprender dicha técnica y montarla en su pabellón.

Lamentablemente, durante mi estancia allí adquirí un tifo murino proveniente de la inoculación de ratones por vía intranasal que, al estornudar, contaminaban el ambiente. Por fortuna, mi buena salud resistió la embestida y, dos semanas más tarde, el problema se resolvió por lisis. La preocupación de mis familiares y el doctor Robles

eran más que fundadas porque, en aquellos tiempos, el padecer tifo era casi equivalente a un certificado de defunción.

En abril de 1945 llegó al Hospital General el doctor Rómulo Rivera, proveniente de Cananea, Sonora, buscando un médico que se encargara del laboratorio del hospital de la Compañía Minera de Cananea. Acepté el ofrecimiento y apenas transcurrido un mes, ya me encontraba en Cananea, al frente del laboratorio y atendiendo consulta de medicina general y obstetricia en guardias cada tres días. Considero que estos dos años reafirmaron mis conocimientos y me dieron una magnífica perspectiva de la medicina general.

Durante mi estancia en Cananea, conocí al doctor Xavier Castro Villagrana, hijo del doctor José Castro Villagrana, eminente cirujano exdirector del Hospital Juárez e iniciador de las Asambleas Nacionales de Cirujanos. Xavier cumplía con el servicio social en dicha plaza y, a propuesta suya, acepté formar una sociedad con él e instalar un laboratorio clínico en la Ciudad de México, lo cual aconteció en septiembre de 1947.

Paralelamente, en aquel año me integré temporalmente al Hospital General al Laboratorio de Microbiología del Pabellón No. 5.

En 1948 tuvo lugar el primer Curso de Maestría sobre Ciencias del Laboratorio Clínico, coordinado por el doctor Luis Rodríguez Villa y patrocinado por la Escuela de Estudios de Postgrado de la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).

El curso comprendió seis semestres y terminó en 1950, año en el que presentamos examen con tres sinodales para obtener nuestra certificación como especialista. Fue un curso muy completo que nos obligó a asistir a los laboratorios de las principales instituciones de entonces (Hospital General, Nutrición, Cardiología, Enfermedades Tropicales e Instituto de Higiene, etcétera). De los nueve médicos que nos inscribimos, sobrevivimos el doctor Guillermo Ruiz Reyes, de Puebla y el suscrito.

Mi carrera docente inició en 1950, cuando la Facultad de Medicina era dirigida por el doctor José Castro Villagrana, al haberse presentado una oportunidad de una vacante de ayudante del doctor Adrián Torres Muñoz, profesor de Clínica de Enfermedades Infecciosas. Mi carrera de profesor universitario se completó en 1954 cuando, a su retiro, el doctor Iturbide Álvarez me invitó a continuar con su cátedra de microbiología, ya como profesor de planta.

En 1956, ahora con el doctor Raoul Fournier como director de la Facultad, inicia el plan de estudios con la formación de grupos «piloto». Formaron parte del primero de ellos los doctores Ruy Pérez Tamayo, Efraín Pardo, Rubén Vasconcelos, Manuel Quijano y el que esto escribe. Dicho plan no perduró porque únicamente atendía grupos de 25 alumnos.

Posteriormente continué como profesor de Introducción a la Clínica hasta 1980.

En 1950 ingresé a la entonces Sociedad Mexicana de Médicos Laboratoristas, cuya fundación reseñé en un artículo ya publicado. Fungía como presidente el doctor Luis Gutiérrez Villegas, quien presidió la Academia Nacional de Medicina en 1952. En ese mismo año organizó el Primer Congreso Nacional de Laboratorio Clínico, al que asistieron por invitación los doctores Nelson y Olanski, muy relacionados con el diagnóstico de la sífilis. La Sociedad de Médicos Laboratoristas, que entonces sesionaba en la Escuela de Medicina en Santo Domingo, estaba integrada por personas mayores que tenían actividad en diferentes áreas del laboratorio clínico.

Fui un asiduo asistente a las sesiones mensuales y pronto me involucré en posiciones directivas: Secretario encargado de la revista en 1953-54; Vicepresidente en 1955-56 y Presidente en 1963-64.

En 1953 nació el Laboratorio de Hormonas del Hospital General en el Pabellón No 5, en donde trabajé en compañía del doctor Juan José Paullada, endocrinólogo que recientemente había con-

cluido sus estudios de postgrado en Estados Unidos. Allí se montaron los principales procedimientos hormonales de la época (17K, 17OH, gonadotropinas, estrógenos, etcétera), la mayor parte métodos biológicos. La abundante investigación ahí realizada dio como resultado la publicación de numerosos trabajos, actividad que perduró hasta 1960, año en que el doctor Clemente Robles asumió la dirección del Hospital General y me nombró director de los Laboratorios Centrales. Consideré conveniente concentrar allí ambos Laboratorios; el de Hormonas que operaba en el pabellón No. 5 y el de Citología Exfoliativa, a cargo de la doctora Patricia Alonso. Para cumplir con el reglamento del hospital presenté un examen de oposición con tres sinodales: los doctores Maximiliano Ruiz Castañeda, Luis Gutiérrez Villegas y Luis Rodríguez Villa.

En 1954 ingresé a la entonces Sociedad de Estudios de Fertilidad y Reproducción Humana, hoy Sociedad de Medicina de la Reproducción; ocupé la vicepresidencia en 1967-68 y la presidencia en 1969-70. A partir del año 2007 fui designado miembro honorario.

El año de 1957 fue dedicado a estudios de postgrado en Estados Unidos. La primera escala fue en el Hospital de Nueva York, en la Escuela de Medicina de la Universidad de Cornell, en el Laboratorio de Citología del doctor GN Papanicolaou. El jefe del laboratorio era el doctor Jack Seabolt porque «Pap», como cariñosamente le llamaban, era un biólogo adscrito al Departamento de Anatomía. Diariamente nos repartían laminillas con el señalamiento de las áreas importantes, y a media mañana se presentaba «Pap» acompañado por Félix Narváez, un patólogo cubano que cursó su residencia en el Hospital «Memorial». Él auxiliaba a Pap en el curso de postgrado para resolver nuestras dudas y responder las preguntas, previo análisis del material enviado. Hice muy buena amistad con Félix, quien fue un apoyo muy importante en mi aprendizaje. Al finalizar el curso viajé a Boston, en donde tuve una estancia breve en la Uni-

dad Metabólica del doctor Thorn en el Hospital Peter Ben Brigham. Allí aprendí la técnica de 17OH en plasma, cuya implantación en México fue una primicia. Posteriormente, me trasladé a Chicago al Hospital Billings de la Universidad de Chicago al Laboratorio «Ben May» del doctor C Huggins, Premio Nobel de medicina 1966 por sus trabajos sobre la dependencia hormonal de los cánceres prostático y mamario. Atendían a numerosos pacientes de ambos padecimientos, operados por adrenalectomía bilateral e hipofisectomía.

Mi última escala fue en la Clínica Mayo en Rochester; allí observé la metodología implantada por el doctor Albert, jefe del Laboratorio de Endocrinología. Para finalizar, me trasladé al Laboratorio de Hematología de la doctora Peace.

La posibilidad de implantar en México las diferentes metodologías aprendidas proporcionó una importante contribución a la investigación en el Hospital General.

Al año siguiente y atendiendo una invitación del doctor Joseph Goldzieher, eminente endocrinólogo, tuve una breve estancia en la Fundación Southwest de San Antonio, Texas, donde pude aprender el método de cromatografía en papel para diferentes determinaciones hormonales, que entonces representaba una tecnología de punta.

En 1959 debo destacar un hecho sobresaliente, mi ingreso a la Academia Nacional de Medicina, a la sección de Bioquímica, en virtud de que aún no existía un sillón de nuestra especialidad. Fui un asiduo concurrente a las sesiones semanales, y participé en diferentes presentaciones. Pronto, fui convocado a participar en puestos directivos: Tesorero en cuatro Mesas Directivas, de 1975 a 1978, electo vicepresidente en 1989 y presidente en 1990.

En 1962 ingresé como socio numerario a la Sociedad Mexicana de Gastroenterología.

En el mismo año presidí la Sociedad Mexicana de Citología Exfoliativa, la que estaba formada por un grupo reducido de citólogos, convocados por la doctora Julieta Calderón de Laguna, proceden-

te de Boston, en donde recibió su entrenamiento de la doctora Ruth Graham. Ella no solamente fue la primera presidenta, sino que fue un factor muy importante en la organización de la Sociedad.

En abril de 1963 tomé a mi cargo el Laboratorio Clínico del Hospital ABC, en donde permanecí hasta 1980. Fue una estancia muy productiva que me dejó grandes enseñanzas para defender la posición del patólogo clínico, en donde con frecuencia se revienta el hilo más delgado. Allí participé en varios programas de enseñanza de postgrado y presidí la Sociedad Médica en 1973, misma que me designó miembro honorario en 1980. La experiencia obtenida en el hospital ABC, me dejó la convicción de que el patólogo clínico debe tener una estancia hospitalaria durante su especialización.

En el mismo año de 1963 ingresé a la Sociedad Mexicana de Endocrinología y Metabolismo.

En 1965, el doctor Francisco Fonseca, cirujano jefe del pabellón No. 3 del Hospital General, fue designado subdirector médico del ISSSTE y solicitó mi opinión sobre la situación del Laboratorio Clínico del Hospital «20 de Noviembre», entonces jefaturado por el doctor Silva Goytia, antiguo colaborador del doctor M Ruiz Castañeda.

Lo encontré muy atrasado y no preparado para atender las demandas de un cuerpo médico calificado.

Me nombró jefe del laboratorio y pronto lo actualizamos; nació entonces el Laboratorio de Estudios Especiales en el que implementamos secciones de nueva creación: genética metabolismo, hematología especial, microbiología especial e inmunología. Dicho laboratorio funcionó como laboratorio de referencia nacional; creamos una revista para difundir los nuevos procedimientos a nivel nacional. Laboré allí hasta 1977, en que fui designado por el entonces presidente López Portillo, Director General de Alimentos, Bebidas y Medicamentos en la SSA, probablemente porque recordó nuestra amistad desde que fue mi compañero en la secundaria No. 3 en 1934.

En 1972 se inauguró el Hospital Mocel y fui invitado a trabajar en el Laboratorio Clínico por el doctor Eduardo Echeverría. Mi estancia allí fue muy productiva, se automatizó el laboratorio y se actualizó con las técnicas modernas. Presidí la Sociedad Médica en 1976 y en 1988 me designaron miembro honorario.

En 1973 ingresé a la Academia Mexicana de Cirugía a ocupar el sillón de Patología Clínica como miembro numerario, para hacer pareja con el doctor Luis Rodríguez Villa que ocupaba el otro sillón; en 1983 pasé a miembro titular, en 1984-85 fui tesorero y en 1992-93 vicepresidente y miembro emérito. En 2006 fui nombrado miembro honorario.

En 1979 fungí como vicepresidente del Consejo Mexicano de Patología Clínica, cuya presidencia era ocupada por el doctor Guillermo Santocoy Gómez.

En 1981, por invitación del doctor Niño de la Compañía Beckman, ingresé a la *Academy of Clinical Pathologist Physicians and Scientists in Rochester*, Minnesota.

En 1992 fui invitado a ingresar a la Academia de Medicina de Barcelona.

Ese mismo año el doctor Manuel Peláez, entonces director del Hospital Español, me invitó a reorganizar el Laboratorio Clínico de dicho hospital, en el cual el reloj se había detenido veinte años antes. Allí se crearon nuevas secciones (farmacología, hormonas, citometría de flujo e inmunofluorescencia). Permanecí al frente del laboratorio hasta el año 2000, en el que el doctor Roberto Simón, directivo del grupo Ángeles, me invitó a organizar el Laboratorio Clínico del Hospital Ángeles de Las Lomas. Consideré que lo más conveniente era organizar allí un Laboratorio de Referencia para apoyar a los hospitales del grupo, pero no recibí el apoyo necesario para desarrollar dicho proyecto. Tras ocho meses, me retiré voluntariamente en vista de que se practicaban exclusivamente pruebas de rutina. A partir de entonces continué como siempre, al frente de mi laboratorio privado.

En el año 2006 fui invitado a colaborar con el Laboratorio Quest Diagnostics como director académico, actividad que continuó hasta la fecha.